

Rubí de María Gómez Campos, *El sentido de sí*, México, Instituto Michoacano de la Mujer, Siglo XXI, 2004, 212 pp.

LÁZARO CÁRDENAS BATEL

Gobernador Constitucional del Estado de Michoacán

Felicito a Rubí porque siempre tiene el cuidado y la inteligencia de buscar equilibrios, y la felicito por su trabajo pues se trata de una aportación muy importante al conocimiento de la Historia de nuestro país, desde una perspectiva que no ha sido hasta este momento abordada con toda la relevancia que merece.

El proceso de afirmación del *sentido de sí*, como lo llama Rubí, de la autoconciencia de las mujeres, se nutre también de otras luchas. Ella pone el ejemplo de la lucha abolicionista en el siglo XIX, en los Estados Unidos, cómo muchas mujeres a la luz de esta lucha identificaron su propia condición y situación de sojuzgamiento y subordinación. Mucho más recientemente, ha sido la lucha en la que muchos de los que ahí estamos nos ha tocado participar y que tiene que ver con la lucha por los cambios democráticos, por la justicia social plena en nuestro país. Muchas mujeres que no venían de la militancia feminista y que no tenían antecedente alguno en este terreno —que colaboraron y colaboran hoy—, cobraron conciencias de lo decisivo de esta participación y del perfil que deberían necesariamente aportar.

Muchos, mujeres y hombres también, no todos y todas, pero si muchos afortunadamente, comprendimos que nuestra lucha no podría ser totalmente consecuente si no incluía la perspectiva específica de las mujeres. Que una sociedad no podría ser verdaderamente democrática sin la inclusión y el aporte central de las mujeres en todos los ámbitos de la vida. Que la distorsión histórica que arrastramos en México y en el Mundo —donde de la complementariedad natural y necesaria se dio paso a la subordinación— no es compatible; es decir, esta distorsión histórica no

es compatible con el equilibrio y la libertad que son la condición para construir una República de iguales que debe ser, desde mi punto de vista, nuestro objetivo.

Ese aprendizaje, esa afirmación y esto que por ser un proceso cultural va mucho más allá de la simple voluntad de un gobierno y de las decisiones institucionales, lo vivimos todos los días en nuestra gestión de gobierno en Michoacán; que lo diga Rubí que además es Directora del *Instituto Michoacano de la Mujer*.

Yo puedo decir que nuestro gobierno está comprometido de verdad, es consecuente con la causa de las mujeres; tomamos una serie de medidas en este sentido y sí hemos podido implementar una serie de acciones positivas es porque recuperamos parte de lo que se ha hecho desde la sociedad, porque recuperamos una lucha que se ha dado desde la sociedad y que han dado muchas mujeres, incluida por supuesto Rubí. Nuestro Gabinete está integrado por un número importante de mujeres en áreas sustantivas; todos los miembros del Gabinete, hombres y mujeres, tienen la instrucción de ser sensibles y de ser consecuentes, aunque a veces no basta con las instrucciones. Que tenemos una directora del *Instituto Michoacano de la Mujer* que sabe de su tema y que tiene un compromiso fuera de duda. Sin embargo, a pesar de esto, por tratarse de un proceso de carácter cultural las cosas no son sencillas ni en el caso de los hombres, ni en el caso tampoco de las mujeres, incluso de aquellas que han militado por mucho tiempo en la causa del Feminismo. Por ejemplo, en Michoacán había quien no entendía por qué Rubí invitaba a algunos hombres a trabajar en el *Instituto Michoacano de la Mujer*, creyendo que debía de ser un espacio reservado a las mujeres.

Yo quiero hacer algunas reflexiones a las que nos obliga el texto de Rubí. Cada vez las mujeres tienen mayor conciencia de la importancia de su participación en todos los ámbitos de la vida, económica, política y social tanto en nuestro país como en el mundo. Han ido adquiriendo un sentido de sí. Lo que indudablemente ha sido una gran aportación de las causas feministas de las últimas décadas. Parte de este proceso, su mayor visibilidad, aunque todavía desigual, no deja de ser significativamente importante. Cada vez hay más mujeres en los espacios públicos, en las

empresas privadas, en las instituciones académicas y científicas, en las organizaciones civiles. Por eso, como se dice en el libro, escribir la historia de estas mujeres o que ellas mismas lo hagan constituye un acto subversivo; *es construir con su misma presencia otra forma de ser*, para decirlo en palabras de Rosario Castellanos.

El libro nos coloca de lleno en el terreno cultural, refiriéndose con ello a una construcción históricamente determinada de las relaciones humanas y en particular de la relación entre los géneros, por eso deseo anotar aquí una primera reflexión. Desde la lógica de un gobierno de izquierda, de un gobierno moderno, no basta con impulsar políticas o acciones afirmativas tendientes a disminuir la desigualdad. Se trata de ir más allá y no sólo de subvertir, pues la intención, así lo ha expresado el movimiento feminista, no es la de intercambiar roles, sino de trascender y construir una nueva sociedad basada en el respeto a la pluralidad, la tolerancia y la libertad.

Aquí radica la diferencia no únicamente frente a posiciones de derechas, sino a posiciones de la izquierda conservadora. Por eso creo que la gran aportación que podemos construir colectivamente, mujeres y gobierno, tiene que ver con el impulso a una gran transformación cultural, que además de lograr la igualdad nos convierta en ciudadanos con plenos derechos, independientemente de la raza, la edad, el sexo, la preferencia sexual, la religión. Este cambio cultural sólo puede estar ligado a una visión laica que asuma sin hipocresías ni cálculos políticos el debate de las causas de justicia, enarboladas hoy por amplios sectores de la sociedad que tradicionalmente no han tenido el acceso al poder porque son la otredad, aquella que es condenada porque es diferente y porque cuestiona la base de una civilización patriarcal.

Yo diría, parafraseando el libro, que la sociedad toda, los hombres y mujeres debemos de adquirir un sentido de sí, porque este cambio no sólo atañe a las mujeres; es una tarea también de los hombres, una tarea de todos porque la cultura patriarcal no tiene sexo, está igualmente presente en la conciencia masculina y en la femenina. Se trata entonces de construir otra cosa, una nueva sociedad basada en el equilibrio que permita regenerar el tejido social deteriorado, lo cual se puede lograr con un

proyecto económico, social y profundo. Pero no solamente esto, porque el daño de la distorsión histórica es profundo y serio, afecta las relaciones sociales entre los individuos y la comunidad —de ahí tanta violencia que se observa—; de ahí la necesidad de una perspectiva integral que haga de la política pública algo más que la simple dotación de servicios, el combate a la pobreza, la igualdad en el salario y el acceso a los espacios de poder. Me permito citar una reflexión que hacía Clara Jusidman como Secretaria de Desarrollo Social del Distrito Federal que, a mi juicio, sigue siendo extraordinariamente vigente: “a veces debiera uno pensar que estamos en una postguerra porque realmente enfrentamos el deterioro de las relaciones sociales derivadas de una caída tan fuerte del ingreso que se ha traducido en altos niveles de violencia, inseguridad, frustraciones y de ilegalidad”.

Bajo estas condiciones socioeconómicas, los hombres han sufrido también porque no han podido cumplir con su rol de proveedores. Muchos de ellos están enfrentando problemas serios de su propia identidad y, en un momento dado, también de violencia. Por lo que sería útil aplicar una política dirigida a ellos mediante la cual se pudiera tratar su violencia y las causas que la generan para ayudarles a superarla y a vivir de otra manera. Estoy convencido que nuestra perspectiva, como lo dice el libro, tiene que abarcar también la construcción de otra masculinidad y eso pasa por muchos factores, en primer lugar la educación fundamental en el hogar y en la escuela. Desde pequeños los niños deben aprender a relacionarse con respeto e igualdad, deben practicar y aprender el valor de la identidad a partir de sus vivencias diarias y sus relaciones cotidianas. Considero fundamental que conozcan las historias que se relatan en este libro de Nahui Olin, Gabriela Mistral, Concha Michel, Antonieta Rivas Mercado y de muchas otras mujeres que han plagado con sus acciones nuestra historia, pero que están ausentes en nuestras páginas.

También hay que trastocar las relaciones tradicionales al interior de la familia y por supuesto del conjunto de la sociedad. Para avanzar en esta perspectiva de equidad es necesario cambiar la actual división sexual del trabajo, pues remite todo lo relativo a la vida cotidiana, la sexualidad, la maternidad y la crianza infantil, al ámbito de lo privado. La ausencia de

hombres en el cuidado de los hijos y en el trabajo doméstico es proporcionalmente inversa a la ausencia de mujeres en los puestos públicos y en la política. Este desequilibrio atenta negativamente contra toda la sociedad, dificulta el proceso de democratización y pervierte la forma en que se hace política. Sólo si hombres y mujeres compartimos equitativamente las responsabilidades políticas, el concepto de democracia podrá alcanzar su sentido verdadero. Las personas, independientemente de su sexo, podrán participar como iguales y no idénticas en la toma de decisiones políticas y sobre su vida. Así la sociedad será otra. De esta forma, las parejas serán parejas.

Muchos son los temas que podemos abordar desde la izquierda, y yo creo que desde ningún sector de la geometría política puede asumirse una perspectiva de nuestra idea democrática, sólo causas que tienen que ver con la vida de las mujeres o sus familias, con las familias encabezadas por ellas y en muchas de las cuales son las principales de proveedoras. Por eso coincido con Rubí que el cambio cultural tiene que ver con lo más profundo de nuestras conciencias y de nuestra convicción como seres humanos, está relacionado también con el reconocimiento de la crisis, del paradigma civilizatorio con más de dos mil años que para erigirse y construir su poder destruyó a la diosa femenina, y con ello el equilibrio, que confinó a las mujeres —como lo ha analizado Marcela Lagarde— a determinados cautiverios.

Una vieja amiga me decía hace poco, a propósito del *Código Da Vinci*, que la tradición occidental las ha condenado o a ser vírgenes como María o pecadoras como María Magdalena; no hay matices y eso es lo que hay que trastocar. Al igual que los hombres, las mujeres son diversas, distintas, diferentes, a veces hasta opuestas: son la expresión misma de la pluralidad y nuestra riqueza como sociedad.

Cuando Rubí nos recuerda que la pérdida de “El sentido de sí”, es el olvido del significado de las mujeres, y con ello de la humanidad misma, nos está diciendo que la carencia es de todos y hay que subsanarla. Por eso estamos comprometidos en la construcción de un México, en el que sin distinción alguna todos quepamos, en el que tengamos derecho a vivir con justicia y dignidad.

Yo le agradezco mucho a Rubí que colabore en el Gobierno del Estado de Michoacán y, al mismo tiempo, que siga escribiendo, que sea siempre consecuente con su lucha de muchos años. Finalmente quiero decir que me gustó lo siguiente: en las primeras páginas de su libro nos damos cuenta que se lo dedica a su hija y a su madre, pero antes le agradece a Teo, su marido, lo cual es muy buena entrada para quienes queremos comenzar a leer ese libro. Yo la felicito muy sinceramente.

PATRICIA ESPINOSA TORRES
Presidenta del *Instituto Nacional de las Mujeres*

Mientras leía el libro *El sentido de sí*, no pude evitar hacer un símil entre la Revolución Mexicana como momento histórico clave de nuestra nación, a partir del cual Rubí sitúa la evolución del movimiento de las mujeres, y la Revolución particular que las mujeres hemos protagonizado a partir de las ruinas de éste y otros movimientos sociales de alcance mundial: Revoluciones, guerras... cuesta... la de las mujeres, si tomamos como cierto que el pasado y actual siglo fue y es “de las mujeres”, que lleva más de 100 años y ha costado innumerables generaciones de mujeres, su memoria y su identidad.

Entre ambos movimientos, la diferencia más clara son sus efectos y el terreno en el que se han llevado a cabo: nuestra revolución, nuestro “levantamiento” por conquistar nuevos espacios, ha sido pacífica, desde cientos de espacios, el entorno del hogar, de lo privado, hacia lo público.

La lucha de las mujeres, sus movimientos y sus organizaciones, ha contribuido en el siglo pasado y en el presente, a transformar conciencias y costumbres construidas a partir de un paradigma en el que las mujeres somos objetos de uso, consumo —y abuso en muchos casos— de los hombres. Nuestra lucha, y así lo plantea la autora, conforme a su evolución ha dejado de ser reactiva para ser hoy activo protagonismo hacia una sociedad que está preparada para romper ese paradigma de sumisión femenina.

El sentido de sí es un ejercicio importante de recuperar la memoria histórica del movimiento de las mujeres en toda su amplitud, es una revisión profunda de la historia del feminismo en México y su aportación, en la visión de Rubí de María Gómez.

El sentido de sí, al cual yo agregaría, *misma* —concediéndome cierta licencia por esta única ocasión—, se trata de la búsqueda de una identidad propia, no emergente como algunos pudieran pensar o quisieran pensar; se trata del *ser mujer*, no a partir de lo masculino ni de la conquista de lo masculino; se trata de encontrar en ese espíritu subversivo que hoy nos permitimos ser, lo que significa verdaderamente *Lo Femenino*.

El sentido de sí explora a fondo la filosofía mexicana que da forma a la cultura. Esa creación que se va imponiendo como parte de la identidad nacional, el espíritu machista y patriarcal. Es este tipo de análisis el que permite encontrar los sustentos de los esquemas que se siguen reproduciendo. Es una obra a partir de la cual podemos reflexionar, hacernos y responder como responsabilidad de las y los lectores, las siguientes preguntas:

- *¿A dónde queremos llegar las mexicanas?*
- *¿Cuáles son los elementos que conforman nuestra identidad?*
- *¿Cómo podemos incorporar las diferencias que existen entre las mujeres en nuestro país en torno a un proyecto común y a una identidad común?*

La reflexión para alcanzar las respuestas a estas cuestiones, debe mantenerse como condición indispensable para reencontrar la identidad y definirla nosotras mismas, como en los ejemplos expuestos de María Antonieta Rivas Mercado, de Gabriela Mistral, Nahui Olin y Concha Michel.

Rubí de María, nos ofrece la base siempre indispensable de la historia, para no condenarnos a repetirla. Nos invita a buscar la identidad de las mujeres, de lo femenino, en la propia identidad cultural de México, del país desde un punto de vista filosófico que trataba y aún trata de redefinirse a sí mismo en el contexto de la modernidad.

En esta búsqueda, que nos plantea la autora, de la identidad, surgen mujeres rebeldes, subversivas, que no se conformaban con el papel que la sociedad les asignaba, que en distintos campos comenzaron a destacar,

apartándose así del esquema preestablecido. Es la búsqueda de la identidad personal de estas mujeres, contexto de búsqueda de identidad nacional, lo que las hace destacar y las coloca como un ejemplo, como una nueva pauta a seguir, una primera ruptura con los patrones tradicionales.

El sentido de sí, nos brinda una revisión puntual del entorno en el que las mujeres hemos vivido, su *Pensamiento e Imagen: El espíritu del feminismo en México* y la *Cultura y filosofía mexicanas*. A partir de ambas, se desglosa el devenir de la construcción de la identidad de las mexicanas.

Del primer capítulo, de este espíritu, destaco:

El desarrollo del espíritu del feminismo, consiste en una ubicación social de las mujeres a partir de sus acciones y prácticas políticas culturales, que se desarrollaban en correspondencia con el nivel de desarrollo político de la época: A partir de la Revolución Mexicana y el surgimiento de las primeras movilizaciones feministas en el mundo.

Y del segundo, *Filosofía de la Cultura y sentido de Sí*, la forma como aborda *La identidad femenina* desde el proceso de cambio que hemos vivido las mujeres, su impacto en las relaciones entre hombres y mujeres, en los roles y en las relaciones familiares. Es a través de esta parte que vemos un estudio del desarrollo social a través de las mujeres, como un estudio histórico y sociológico.

Feministas, políticas y artistas, la identidad femenina se construye a través del canto, el arte, la cultura y la poesía... la autonomía.

Me detengo un poco más en la primera parte del libro, en donde, de una manera amplia y bien documentada, la autora nos proporciona una visión sobre el entorno sociocultural, los problemas y hasta la hostilidad que vivieron las mujeres al hacer valer sus derechos. La autora aborda el tema desde una visión crítica de la sociedad, desde la transformación cultural derivada de las luchas sociales —en este caso de la lucha encabezada por el movimiento de mujeres como Nahui Olin, Antonieta Rivas Mercado, Gabriela Mistral y Concha Michel—, dando origen a una visión que reivindica el papel de las mujeres. En *Filosofía de la Cultura y Sentido de Sí*

rinde un homenaje a las mujeres que nos antecedieron, que como dice la autora,

[...] mujeres destacadas que lograron descubrir no sólo un sentido de sí ante sí y para sí mismas, sino para la historia y la cultura de las mujeres mexicanas.

La historia de estas cuatro mujeres, da origen a lo que la autora denomina conciencia feminista en México, ya que es a través de la vida de estas mujeres que la autora nos ejemplifica parte del momento histórico, cultural y político que vivimos las mujeres.

Aquí, quiero resaltar la importancia del análisis histórico y de rescatar la historia desde una perspectiva femenina, a partir de la visión, las vivencias e historias cotidianas que las mujeres construimos a diario:

Un análisis histórico que no incluya la perspectiva de género se revelaría como insuficiente para abordar el problema que nos ocupa, puesto que todas las formas de participación cultural femenina que identifiquemos conservarían el grado de acciones complementarias y de apoyo al protagonismo indiscutible de los hombres.

En esta evolución cultural femenina, será indispensable hacer visible, como la autora lo hace, la lucha de las mujeres por su condición, autodeterminación, aspiración y en especial por atreverse a romper paradigmas y barreras sociales. Como bien se trata a lo largo del libro, el cambio de paradigmas y la verdadera transformación cultural están implícitos en el comportamiento cotidiano de hombres y mujeres que posibilite un desarrollo equitativo.

Antes de terminar, quiero hacer una última reflexión. Lo que está plasmado aquí, este profundo estudio de relación entre cultura, filosofía e identidad femenina servirá a las nuevas generaciones para pensar que esta lucha del feminismo, y de tantas mujeres que nos han antecedido, ha sido una valiosa contribución para que las jóvenes de hoy y las niñas del mañana partan de un peldaño más alto del que nosotras empezamos:

[...] que a través de las luchas y de las imágenes y conceptos que se hacían de la mujer, así como las propias definiciones teórico-prácticas que las mujeres hicie-

ron de sí mismas, proyect(en) lo que indudablemente se consolida como un sentido de sí.

Rubí, muchas Felicidades, y espero que disfruten el libro tanto como yo. Muchas Gracias.

A PROPÓSITO DE TAREAS ABIERTAS

ARALIA LÓPEZ GONZÁLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA - IZTAPALAPA

La lucha de las mujeres por reconocerse y ser reconocidas en su humanidad ha sido especialmente larga, y nada indica por ahora que no seguirá siéndolo. En cuanto a su reflexión escrita de carácter feminista, tiene en su haber ya más de doscientos años en el mundo, lo que ha venido a fundamentar un legado capaz de constituir una tradición intelectual femenina, la misma que otorgó legitimidad en México a los esfuerzos por institucionalizar académicamente los estudios sobre la mujer, hoy llamados estudios de género, a partir de la década de los años ochenta en el pasado siglo. En relación con esta lucha, con este legado intelectual y con este esfuerzo por la institucionalización, las mujeres latinoamericanas no se quedaron atrás de las europeas y de las norteamericanas. En particular, en el caso de las mexicanas, tenemos el enorme privilegio de un nombre fundamental en cuanto a un linaje de pensamiento femenino como es el de Sor Juan Inés de la Cruz (1651-1695) y, sin temor al anacronismo histórico, también fundadora de lo que mucho después sería el pensamiento feminista. Baste para demostrarlo evocar solamente su famosa *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*, donde despliega en germen una perspectiva feminista que, sin embargo, no vino a tener continuidad sino hasta los primeros años del siglo xx. Pero aún así, imposible sería negar la excepcionalidad anticipatoria de Sor Juana en cuanto al discurso de género que fundamenta la reflexión feminista de las mujeres mexicanas.

Y hablando de recuperación de los legados intelectuales de mujeres, las feministas mexicanas han venido trabajando en ello en forma constante, a partir de 1980, en el seno institucional de El Colegio de México, de la UNAM, de la UAM, ahora de la Universidad de la Ciudad de México, de algunas universidades estatales y más recientemente de los Institutos de la Mujer. Prueba de esto es también el libro que hoy presentamos de la Maestra en Filosofía Rubí de María Gómez Campos, con el título de *El sentido de sí*, editado por el Instituto Michoacano de la Mujer y por Siglo XXI. No quiero esconder el entusiasmo que me provocó la lectura de este libro en el cual, desde la perspectiva feminista no restringida de la Filosofía de la Cultura y también de la existencia, se lee y resignifica dentro del contexto sociohistórico y cultural mexicano y latinoamericano, de la primera mitad del siglo XX, la obra y el pensamiento de cuatro mujeres paradigmáticas: las mexicanas Nahui Olin (Carmen Mondragón, 1893-1978), Concha Michel (1899-1990), Antonieta Rivas Mercado (1900-1931), y la chilena Gabriela Mistral (1889-1957). En este libro se trata del desarrollo de la autoconciencia o “sentido de sí” de la mujer mexicana coincidentemente con el estado histórico, político y cultural de la sociedad en los albores de la revolución y en sus posteriores transformaciones posrevolucionarias, coincidiendo también con la emergencia de la filosofía de la cultura en el país, Filosofía Mexicana o de lo mexicano, de la cual fueron padres fundadores José Vasconcelos (1882-1959) y Samuel Ramos (1897-1959). De este último recordemos solamente sus famosos títulos *El perfil del hombre y la cultura en México* de 1934 y *Hacia un nuevo humanismo* de 1940. Ambos pensadores se insertan en el humanismo espiritualista que caracterizó a la Generación del Ateneo, en la que junto con Vasconcelos se destacaron Antonio Caso y Alfonso Reyes con sus propuestas educativas para superar las limitaciones sociohistóricas y culturales del mexicano. La autora también considera en la orientación mexicanista de la filosofía, años después, a Emilio Uranga y a Octavio Paz.

Gómez Campos realiza en su libro una significativa tarea de articulación y síntesis para —sin ignorar la singularidad y autonomía del pensamiento femenino y feminista que surge en esta época— relacionarlo con

las circunstancias nacionales y nacionalistas del momento, mostrando así la organicidad y coherencia de la cultura mexicana en su totalidad, en la cual una gran parte de las mujeres participaron dejando, no obstante, el testimonio de la problematidad social y cultural específica de su género, junto con su particular perspectiva de los problemas nacionales. Labor de rescate del pensamiento femenino y feminista, y labor de integración cultural y nacional al mismo tiempo. Pero considerando sólo lo cultural femenino, para caracterizar el trabajo de Gómez Campos, tal como lo hace en el prólogo el eminente profesor Federico Álvarez:

Ella ha respondido al llamado imperioso de escribir como mujer, adoptando una nueva perspectiva en el análisis de la actividad cultural femenina en México, e intentando trazar una rama al menos de su genealogía acudiendo a la reflexión filosófica y al “acercamiento a la propia capacidad discursiva de las mujeres”, lejos de los códigos predefinidos por la cultura masculina. (p. xiii).

Esa “nueva perspectiva” a la que se refiere Álvarez, atendiendo a la inevitable brevedad de mi participación en este evento, la centraré exclusivamente en unos pocos aspectos que destaca Gómez Campos en su libro. Primero que nada, el que constata que quienes leen a las mujeres del pasado y del presente lo hacen casi siempre no explorando un pensamiento, sino un anecdótico; mejor si es escandaloso o con imágenes estereotipadas que comprueban prejuicios o ideologías excluyentes. Así lo dice la autora:

Debido al carácter de exclusión que como cultura específica las mujeres sufren, su escritura no se ha tomado en su sentido comunicativo sino en el orden de la representación. Su discurso todavía a veces no es recibido como expresión de una subjetividad autónoma, sino como un simple medio de autoidentificación. No es aceptado como medio de comunicación sino más bien de transmisión y reproducción de imágenes [...] sin ser reconocido o integrado como parte del discurso teórico o intelectual del momento [...] una forma de expresión de la humanidad misma, debido a una reducción previa del ser de la mujer a la leyenda. (*Introducción*, p. 10)

En segundo lugar, Gómez Campos plantea así las tesis e hipótesis que orientan su investigación:

La realización del “sentido de sí” de las mujeres, concebida como la síntesis del cuerpo y el espíritu, como la capacidad discursiva de darse un destino o descubrir ante sí misma y los otros su propia humanidad, acrecienta el valor de lo humano al reconocer la dualidad de cuerpo y lenguaje que constituye a cada género y asimismo a la especie. [...] A partir de esta tesis, la hipótesis que sustenta este trabajo es la idea de que existe una relación entre el discurso diferencialista del pensamiento feminista mexicano y la situación pluricultural que debe enfrentar el México moderno. El feminismo mexicano se concibe así, en el contexto diferencialista del México revolucionario, como un sincretismo entre la aspiración social a la modernidad y la afirmación de la tradición cultural que sostienen las mexicanas de este periodo, que se expresa en un rechazo crítico a una modernidad que se pretende imponer al desarrollo cultural de México. (*Ibid.*, pp. 11 y 12)

En esta cita, Gómez Campos plantea ya un elemento diferencial del pensamiento feminista mexicano de la época, en contraste con el feminismo internacional de carácter liberal e igualitario de entonces. Esta perspectiva diferencialista, sin embargo, se anticipa y entronca con el feminismo italiano de la actualidad, así como con otras corrientes del feminismo que han venido a rescatar la diferencia sexual, biológica y cultural de las mujeres, como una categoría de análisis determinante y reivindicativa dentro del discurso social del presente. A lo largo de su trabajo, la investigadora muestra el carácter precursor del feminismo mexicano en ese periodo, tanto como en el pensamiento de la modernidad y en el de la posmodernidad, al apelar a un feminismo que reivindica la diferencia sin que esto implique pérdida de autonomía; todo lo contrario, las mexicanas estudiadas al reivindicar la diferencia sexual, pero ajena a desigualdades sociales y culturales de género construidas con base en la ideología sexista, planteaban un pensamiento de la diversidad cultural también considerada por la Filosofía de lo mexicano, aunque introduciendo la problemática de género no considerada, esa sí, por dicha filosofía en esa etapa.

En tercer lugar, asumiendo este aspecto diferencialista en cuanto al desarrollo de la autoconciencia del ser mujer de las mexicanas, o desarrollo del “sentido de sí” en cuanto constitutivo de una subjetividad reflexiva y autónoma como seres humanos, independientemente de la tradicional subordinación a las que estaban sometidas en la sociedad patriarcal, Gómez Campos destaca en el discurso de estas cuatro mujeres que anali-

za —en las que Gabriela Mistral tiene que ver por su relación con Vasconcelos que le pide la realización de una antología de lecturas para la educación de las jóvenes mexicanas—, la significación determinante que le dieron al carácter reproductivo de la mujer, a la maternidad en definitiva, que reivindicaron en tanto valor social y cultural como no lo hizo entonces el feminismo de la igualdad en las grandes capitales mundiales. Reivindicación que hoy no sólo encontramos en las feministas italianas, sino también en la filósofa española Celia Amorós, y en esa primera y paradigmática filósofa del feminismo mexicano que fue y es la recientemente fallecida Graciela Hierro, cuya ausencia extraño por lo menos en la bibliografía del libro de Gómez Campos, aunque seguramente está considerada por ella en cuanto a la “tarea abierta” que menciona en la *Introducción*; tarea que supone la consolidación del “sentido de sí” de las mujeres mexicanas en el siglo XXI, para elaborar una teoría emancipatoria de las mismas. Entonces aparecerán sin duda dos filósofas mexicanas: Rosario Castellanos, más conocida como poeta y novelista, y Graciela Hierro, así como la atención a la literatura de las escritoras mexicanas, en la cual me permito sugerir que Gómez Campos encontrará mucho material filosófico y emancipatorio para la elaboración de la teoría que nos adelanta, en el sentido amplio que ella utiliza el término “filosófico” en su libro, con el fin de caracterizar algunos elementos del pensamiento femenino y feminista de las cuatro mujeres precursoras que estudia en *El sentido de sí*.

En cuanto al tema de la maternidad, siguiendo una muy grata mención para mí que hace Gómez Campos del filósofo español contemporáneo Eugenio Trías, y siguiendo también la línea que ella argumenta sobre la represión cultural que Occidente ha hecho del orden materno —o la ley de la madre como yo le llamo en contradicción y contraste con la privilegiada ley del padre—, este filósofo viene a cuento porque estudia una nueva racionalidad como alternativa a la occidental que denomina “lógica del límite”, en la que “límite” implica considerar al ser humano como un ser en falta y con falta. Es en esa lógica donde podríamos situar la reflexión femenina diferencialista y la razón que recupera al orden materno excluido de la cultura patriarcal de Occidente, especialmente en su desarrollo iluminista o ilustrado. En el principio de uno de los libros de Trías, *La memoria perdida de las cosas* de 1978, el filósofo alude a la contra-

dicción en el deseo fáustico entre lo determinado (masculino) y lo indeterminado (femenino), entre la razón y quizás podríamos decir que el corazón. Trías se refiere a un pasaje de *Fausto* de Goethe (1749-1832), en el cual el protagonista indaga sobre la dirección a la que lo conduciría ciertos sombríos corredores. Mefistófeles le contesta que no le gustaría descubrirle tan alto misterio, aunque le anticipa lo siguiente: “Hay unas diosas que reinan altivas en soledad, sin tener en torno suyo ni lugar ni tiempo; hablar de ellas produce confusión. ¡Son las Madres!”

Trías nos dice que Fausto, por primera vez en todo el poema, parece asustarse y retrocede, exclamando de forma angustiada y evocadora: “¡Las Madres! ¡Las Madres! ¡Qué extraño suena!” Sin duda se trata de un tiempo y espacio sin referencias, abismal, principio liminar y de dispersión —dice Trías—, en el cual la individualidad y sus acciones quedan anonadadas. Una nada en la que sin embargo, Fausto “espera encontrar el todo”, algo así —agrega Trías— donde se teje y desteje la legalidad de todo lo vivo y existente: madre engendradora, madre conservadora, madre transformadora y destructora, territorio paradójico. Pues bien, Gómez Campos, de la mano de Nahui Olin, Michel, Rivas Mercado y Mistral, se introdujo en este territorio que los filósofos de la mexicanidad presintieron sin atreverse a entrar, lo que sí hizo Trías y no gratuitamente lo menciona la investigadora.

Tal como lo afirma Gómez Campos, “el feminismo mexicano tiene su propia historia” (p. 193), sin dejar de tener relación con la ruptura cultural que supuso la Revolución Mexicana y el desarrollo de la Filosofía de la mexicanidad también relacionada con dicha ruptura. Pero en un enriquecedor giro intelectual, deslindándose de cualquier planteamiento esencialista, ella plantea a modo de conclusión entre otras, lo que sigue:

Estamos de acuerdo con Marcela Lagarde en reconocer que en principio, las mujeres viven en una condición de reclusión y de cautiverio, pero si no consideramos que hay formas creativas en que las mujeres sobreviven en la opresión, hablamos de una teoría que no prevé una solución al problema de la mujer. La condición femenina no debe confundirse con la esencia femenina. Una teoría que todo lo ve en términos de opresión y sufrimiento para las mujeres es una teoría reificadora de la dominación. En este sentido, la política del feminismo que hemos caracterizado como *no separatista*, la sociedad en que emergió, como

tradicionalista; y la cultura *diferencialista* que sustenta a ambas, nos permiten afirmar que éstas han sido algunas de las maneras en que las mujeres de principios del siglo xx sobrevivieron creativamente a su propia opresión. (p. 200)

Y recuperar lo que hay de gozo y alternativas creativas en esa “condición” del “estar” femenino, no esencialista por naturaleza en un abstracto “ser”, ofrece también una alternativa de reflexión para cierto estancamiento actual teórico-crítico y político de los movimientos feministas en América Latina, e igualmente en México. Quizás lo dicho por Gómez Campos explicaría, independientemente de otras consideraciones estéticas, el éxito mundial que obtuvo la novela *Como agua para chocolate* (1989) de Laura Esquivel, en la que se representa literariamente las luces y las sombras del orden materno, con su peculiar erotismo nutricional y agónica sexualidad genital siempre dependiente del patriarcado dominante. Feminismo en tensión entre la tradición y la innovación, entre la tradición y la modernidad, como puede apreciarse según la investigación de Gómez Campos plasmada en su libro, así como en la filosofía y literatura nacionalista de la época y quizás, todavía, en la del presente. Su trabajo demuestra la importancia de construir el conocimiento de acuerdo con la propia realidad, de acuerdo también con la necesidad de esclarecer las circunstancias concretas de nuestros países, para no pensar ni gobernar dándole la espalda a nuestra historia y cultura.

En la dimensión de la ética, importantísima para Gómez Campos como se desprende de su libro, quiero recordar el texto de *La ética del placer* (2001) de Graciela Hierro, donde se dice lo siguiente:

La ética elaborada a partir del feminismo incluye el valor fundamental de la experiencia de la vida femenina, tal como las mujeres elegimos vivirla, en la medida que podemos elegir, muchas veces en verdad no eligiendo. Por ello es necesario escuchar a las mujeres cuando hablan de su propia experiencia, para comprender y aprender la sabiduría acumulada. (p. 129)

Pero antes, Hierro ya había afirmado:

Somos herederas del amor y de la inteligencia materna, así como de la hostilidad. Las respuestas agresivas más fuertes, tal como las amorosas más profun-

das, se refieren a las madres. De allí surgen los relatos de las rupturas con ella y se levanta el sufrimiento, primera herida de separación que nos anuncia la última, “a perpetuidad”, que es la muerte. (p. 13)

Hierro, siguiendo a María Zambrano, habla de la razón apasionada que Trías aborda con otro nombre en su libro *Tratado de la pasión* (1979). Razón apasionada que tiene una rica tradición intelectual en España y asimismo en América Latina y el Caribe. También Gómez Campos está descubriéndonos en su libro esta ética y razón apasionadas en mujeres como Nahui Olin, Michel, Rivas Mercado y Mistral, pero a partir igualmente de un cierto matiz apasionado de la tradición intelectual mexicana, aunque ahora más claramente en una vertiente femenina y feminista diferencialista, pero no separatista o excluyente. En *El sentido de sí* la autora nos deja cuestiones abiertas para seguir pensándolas, lo que entre muchos otros es también un aporte de este libro en el cual se recupera la memoria afectiva del pasado, no sólo de las mujeres sino también la de los hombres; memoria afectiva y sensual que, como sabemos, ha sido saqueada por la modernidad y sigue siéndolo por la posmodernidad, despreciando su trascendente legado.

Rubí de María Gómez Campos ha escrito un libro que da voz a experiencias y preguntas sumergidas, que tiene además que leerse varias veces porque está preñado de ideas, propuestas, sugerencias y afirmaciones para ser reflexionadas cuidadosamente. Reconozco que no he podido mostrar aquí su complejidad. Pero lo que quiero destacar es que el libro de Gómez Campos que hoy he tenido el privilegio de presentar, es una obra que tanto las feministas como hombres y mujeres de otra filiación intelectual, tendremos que leer y reflexionar despacio y con suma atención; sobre todo que tendremos que considerarlo desde ahora para entender el desarrollo de la cultura mexicana y, dentro de ella, el aporte que han hecho las mujeres desde los inicios del siglo xx. Entre esos aportes y el no menos importante, el de introducir la dimensión del cuerpo en la reflexión filosófica y cultural. Esto es imprescindible, como lo demuestra Gómez Campos, para recuperar no sólo el desarrollo del “sentido de sí” de las mujeres mexicanas, sino también el de nuestra misma cultura en el devenir de su diversidad y totalidad.